

IV.

Poco tiempo despues casó Doña Urraca con Don Ramon, y ambos marcharon á su gobierno de Galicia con el título de Condes soberanos.

La infanta iba radiante de felicidad, pero no así su esposo, en cuyo aspecto apareció de repente la sombra de una negra melancolía.

Los nuevos esposos fueron por de pronto á habitar su palacio de Grajal de Campos, y Doña Urraca, ciega con su felicidad, pasó largo tiempo sin ver el abismo sobre el cual se dormía.

Sin embargo, advirtió al fin en su esposo cierta cosa extraordinaria: su sonrisa era violenta; su hablar desacorde; parecia siempre consumido de impaciencia y de fatiga, su sueño era intranquilo y muchas veces, al despertar su esposa, le halló levantado sentado cerca del lecho y con el semblante contraído por un amargo dolor.

—¿Qué es lo que os apena, señor mio? preguntaba doña Urraca á su esposo.

—Nada, respondía éste ensayando una sonrisa.

—¡Sin embargo, vos sufrís!

—No, por cierto; se os figura así, pero os engañáis.

La infanta quedaba por entónces convencida; su corazón la avisaba de alguna desgracia; pero no podía adivinar de dónde venía.

Entre estas angustias dió á luz á su primer hijo el infante D. Alfonso, que despues reinó con el título de emperador.

Una noche en que creía al Conde en su misma estancia, le llamó y no recibió ninguna contestación.

Volvió á llamarle y notó el mismo silencio.

La infanta se incorporó en su lecho y miró en derredor suyo; estaba sola.

Sus criadas, despedidas por el Conde, se habian ido á recoger, y éste habia quedado al cuidado de su esposa.

La habitacion estaba alumbrada, segun el uso de la época, con una pequeña lámpara de hierro, suspendida de la bóveda por medio de tres cadenas del mismo metal.

Doña Urraca se echó fuera del lecho creyendo que su esposo se habria dormido en algun apartado rincón de la estancia, acaso vencido por la fatiga; pero, por más que miraba á todas partes, no le pudo ver; no se hallaba allí.

Una terrible sospecha brotó en aquella alma joven é inexperta; su marido la engañaba: aquella tris-

teza, aquella preocupacion profunda, no eran otra cosa que algun otro amor.

¿Pero dónde estaria?

No lo sabia, ni por entónces podia averiguarlo.

Lágrimas amargas y abrasadoras corrieron por las mejillas de Doña Urraca: era la primera pena profunda y sin consuelo, que se deslizaba en el corazón de la pobre niña.

Dejóse caer en un asiento y dió rienda suelta á su dolor, más agobiador cuanto ménos tenia á quien confiarlo.

Allí permaneció algunas horas, durante las cuales su agudo dolor tronchó todas las inocentes flores de su alma.

Ya cerca de la aurora, oyó algunos pasos cautelosos y volvió á tenderse en el lecho aparentando que dormía.

Entró el Conde.

Su aspecto era entónces alegre y satisfecho; habia vuelto á ser el que conoció Urraca, el día de su llegada á Leon.

Se acostó, y pronto el sueño cerró sus ojos y trajo ante ellos dulces y agradables visiones.

Un nombre se escapó de su boca envuelto en una sonrisa.

—¡Zoraida!

—¡Es una mora! gritó la infanta levantándose poseida de horror; es mayor el baldon de lo que yo

creía. ¡Oh! pero yo descubriré á esa mujer, y me vengaré de ella cruelmente!

La desgraciada jóven no pudo ya volver á conciliar el sueño, y pasó todo el tiempo de su soledad en formar proyectos de ódio y de venganza, contra la que le arrebatava el amor de su marido.

Cuando se levantó, tenia el semblante pálido y alterado, pero supo contestar con la sonrisa en los labios y la voz tranquila á las preguntas de su marido, para llevar á cabo el plan que meditaba.

Por la noche acechó el instante en que, creyéndola dormida, salia el Conde, se levantó, se vistió de prisa, y acompañada de un viejo escudero, que habia llevado consigo entre otros deudos de su padre, salió detrás de su marido.

Este salió al campo por una poterna, cuya llave tenia; el acompañante de la infanta se habia provisto de otra llave igual, y él, seguido de su señora, salió tambien á la campiña.

La luna brillaba clara y tranquila; los árboles se movian impulsados por el suave viento de la noche; entre un bosque de laureles se veía, como una paloma entre un nido de verdura, una casa blanca con celosías pintadas de encarnado.

Era uno de aquellos maravillosos palacios moros de aspecto modesto y casi pobre, pero que encerraban en su seno tesoros de riquezas en joyas, pinturas, tapices y cuanto bello puede discurrir el arte.

Aquel palacio ó casa, en el que jamás habia fijado Urraca su atencion, se hallaba muy cerca de su vivienda de Condes soberanos.

Al llegar á la puerta, D. Ramon no tuvo necesidad de llamar, porque le esperaban; la puerta se abrió y la claridad de la luna dibujó una forma blanca y esbelta como una aparicion fantástica y bella.

Aquella debia ser la mora; y así lo sintió Doña Urraca en su corazon, que latió apresuradamente.

La puerta quedó entornada; daba paso á un hermoso jardin, y los dos amantes, creyéndose sólo en medio de toda la naturaleza, no pensaron en cerrar para precaverse de una sorpresa.

Por la misma puerta entraron Doña Urraca y el viejo soldado que la acompañaba; y detrás del Conde y la mora se adelantaron por el jardin, que, á pesar de la luna, estaba sombrío á causa de la espesura de los árboles.

A un lado de aquel huerto, cargado de flores y de perfumes, se levantaba un pabellon pintado en su exterior de rojo y azul; dentro, y á través de sus entreabiertas persianas, se veía arder una lámpara de alabastro, que daba una luz semejante á la de la luna.

El Conde y su compañera desaparecieron dentro de aquella estancia, y sin duda pasaron á otra, porque bien pronto se perdió el rumor de sus pasos.

Entónces la infanta asomó su cabeza, llena de una ánsia mortal, para examinar aquella estancia.

Era preciosa y parecía habitada por la diosa del deleite y de la belleza; el mármol, el oro y el jaspe brillaban por todas partes; la seda descendía en largos pabellones delante de las paredes; en el centro, una cascada caía en una fuente de mármol, y se deshacía en menuda lluvia, regando una multitud de flores de los más ricos matices.

En derredor de la fuente, algunos pájaros cantores dormían en jaulas de marfil calado; algunos braseros de oro quemaban lentamente delicados perfumes; y una guzla de marfil se veía colocada sobre una pila de almohadones de brocado celeste, bordados de estrellas de plata.

—Quédate al lado de la puerta del jardín, Bermudo, dijo la Condesa al que la había acompañado; guárdala, y espérame, que salgo al instante.

—Cuidado, señora, dijo el viejo soldado; estos moros son malos y aborrecen á los cristianos.

—Ya lo sé; no te inquietes por mí, buen Bermudo, dijo Doña Urraca; no expondré mi vida, y además, aquí se halla mi esposo, que la defenderá si peligrá.

—¡Quién sabe, señora! estas moras dan bebedizos y hechizan á los caballeros, que, despues de tratarlas, ya nunca vuelven á ser lo que ántes eran.

La infanta se ahogaba; hizo una señal con la mano á su servidor para que se alejase, y quedó sola en el mágico y aromado gabinete.

—¡Oh, Dios mio! ¡Qué hermoso es esto, murmuró,

qué diferencia de esta cultura morisca á nuestra guerrera rusticidad! ¡Qué belleza en los menores detalles! ¡Qué riqueza en el conjunto! Y esa mujer... ¿si será hermosa? ménos que yo, sin duda, porque Dios, en su justicia, no puede haber dado todos los medios de ser dichosa á una infiel.

Calló la infanta abrumada con el peso de su pena é interrumpida por un leve ruido que oyó cerca de ella; era que una mano ligera había descornado un tapiz de seda que cubría una especie de ventana sostenida con delgadas columnas de mármol blanco, y que por su altura parecía más bien una puerta.

Doña Urraca miró aquella mano que había descornado la cortina, y apénas pudo reprimir una exclamacion de sorpresa.

Era la de una jóven de diez y ocho á veinte años, blanca como una azucena, y cuyo hermoso rostro estaba alumbrado por dos grandes y rasgados ojos negros y guarnecido por largas trenzas de cabellos del mismo color.

Aquella cabeza peregrina, estaba más hermosa adornada con un turbante de gasa blanca, prendido con una garzota de brillantes.

Su traje era espléndido, y se componía de seda, púrpura y blanca, oro y piedras preciosas; gruesas sartas de perlas, adornaban su seno; largos zarcillos de oro pendían de sus orejas y adornaban su cuello, y sus dedos estaban llenos de soberbias sortijas.

La jóven mora vió á Doña Urraca, y dejó escapar á su vez un agudo grito, que hizo acudir á Don Ramon.

Pero como si aquel grito hubiera tenido el poder de despertar á todos los habitantes de la casa, algunas luces, agitadas por una carrera presurosa, aparecieron en todos los ángulos del jardín, y varios esclavos se divisaron á lo léjos.

Antes que nadie, apareció un anciano moro, de larga barba blanca, que descansaba sobre su pecho, y vestido con suntuosidad.

Aquel anciano caminaba con precipitacion, y, desde muy léjos aún, gritó con angustia:

—¡Zoraida!

—¡Mi padre! exclamó la mora; ¡perdidos somos!

—¡Zoraida, hija mia! ¿Qué te sucede? prosiguió el anciano; ¿qué te pasa? ¿Acaso ha entrado en casa alguno de esos perros cristianos?

Al acabar de pronunciar estas palabras, el viejo llegó á la puerta del pabellon, y en su ánsia por penetrar en él, tropezó con la infanta, que retrocedió dos pasos.

—¡Ah! ¡Bien dije yo que seria un cristiano! exclamó el viejo al ver al Conde; y desenvainando un largo puñal que llevaba pendiente de la cintura y sujeto con un tahalí bordado de oro, se arrojó hácia el Conde.

Mas en el instante de descargarlo, su brazo halló otro pecho.

El rayo no es tan rápido como Zoraida para caer entre el puñal y su amante, previendo el furor de su padre; clavóse el puñal en su blanco seno, y un raudal de sangre saltó hasta la frente del anciano, que aún empuñaba el arma homicida.

—¡Hija, hija mia! gritó el viejo soltando el hierro y precipitándose hácia el cadáver de su hija, que habia caído al suelo sin exhalar un suspiro; ¡hija mia, qué he hecho yo! ¡Oh, soy indigno de ver la luz del sol! ¡Yo te he muerto, y tu eras mi alegría y la vida de mis ojos! ¡Oh, desventurado de mí!

En tanto que el pobre padre exhalaba de esta suerte su dolor, la infanta, que temia la desesperacion de aquel infeliz anciano, tomó el brazo de su esposo, que permanecia inmóvil y anonadado, y le dijo:

—¡Venid! Salgamos de aquí!

Don Ramon se dejó llevar sin oponer ninguna resistencia, del mismo modo que si fuera sonámbulo ó loco.

Urraca le condujo hasta la puertecilla guardada por Bermudo, y salieron los tres sin que nadie les dirijiese la palabra, pues aquella catástrofe tenia consternados y absortos á todos los habitantes de la casa.

La infanta llevaba el espanto en el corazon; pero al mismo tiempo abrigaba la secreta y alegre esperanza de volver á los tiempos de paz y de felicidad

que se habían acabado para su unión; ni una sola palabra de reproche dirigió al Conde, ni al llegar á su casa, ni despues: su corazón generoso le decia que ya el cielo se había tomado el trabajo de castigar su infidelidad, y que era poco noble enconar tan sangrienta llaga, y sólo trató de hacerse amable á sus ojos, proponiéndole toda clase de distracciones, y probándole su cariño en cuantas ocasiones le era posible.

Pero D. Ramon había ya dejado de ser el esposo enamorado y tierno; dominóle una tristeza amarga y casi feroz, y, aunque jamás nombraba á la desventurada Zoraida, se conocia bien que, indirectamente, acusaba de su muerte á la infanta por el cuidado con que huía su presencia, y por la manifiesta repugnancia con que recibía sus cariños y las pruebas de su solicitud.

Júzguese del dolor de aquel corazón de quince años: una sombría nube envolvió todas las alegrías de la infanta; sus ilusiones cayeron al suelo destrozadas, como las hojas que arranca la tormenta del árbol frondoso y verde; volvió los ojos en torno suyo, y se halló sola en la tierra, pues su padre había vuelto á casarse, olvidando la memoria de su madre, y únicamente se ocupaba de su nueva esposa y de la guerra.

Además, ¿para qué había de contristarle con la relación de su desgracia? ¿Qué podían la autoridad y el afecto paterno, contra el mal que le afligía? ¿Cómo podía cambiar el corazón y los sentimientos

del Conde, y reanimar el amor que ella tenía derecho á esperar, si éste se había extinguido como una luz que se apaga?

Tales fueron las reflexiones de aquella niña, cuyo claro entendimiento era muy superior á su edad.

La desgraciada encerró en su pecho todo su dolor, y esperó en la bondad del cielo.

Ocho días pasó en la angustiada expectativa del que, perdido todo el bien que poseía, expía con ansia el primer rayo de luz que le anuncia la vuelta de su dicha; empero aquel rayo no apareció jamás ya en el horizonte de su vida; el Conde siguió siendo sombrío, rudo y silencioso; jamás salía de sus labios una palabra dulce, ni asomaba á ellos la sonrisa; ni el nacimiento de una hija pudo separar de su alma la sombra de Zoraida, muerta, y muerta por salvarle la vida; la veía en sueños y la llamaba á voces tendiendo hácia ella los brazos y dándole los nombres más tiernos; luego se le figuraba verla caer exánime, y sollozaba dolorosamente acusando á su esposa por haber ido allí, y haberle arrancado aquel grito de sorpresa que atrajo á su padre para darle la muerte: entónces maldecía el día en que se había casado con la infanta y se maldecía á sí mismo, por no haber sabido despreciar todos los miramientos y haber huido con la mora.

Al despertar de estos terribles sueños que minaban su vida con los accesos de la fiebre, hallaba

siempre á la infanta al lado de su lecho; pero entónces se cubria el semblante con las manos, como si no hubiera podido soportar su vista, y caia en el silencio que le era habitual.

Ni la vista de sus hijos D. Alfonso y Doña Sancha, pudo disipar aquella terrible enfermedad de su alma y murió en el mismo Grajal de Campos, donde tan feliz habia sido la infanta; bajó al sepulcro en el año 1107, quedando la infanta viuda á los veinte y seis años de edad, y madre de dos niños de seis y ocho.

Entónces, extinguida toda esperanza, herida á un tiempo por aquel terrible desengaño y por el golpe de la muerte de su marido, el alma de la infanta se llenó de una tristeza profunda; jamás la plácida alegría volvió á aposentarse en ella; acusaba de injusto á su destino que la habia abrumado con la aversion de su culpable esposo, quien habia muerto sin dirigirle una mirada dulce.

Su padre—que en aquellos ocho años se habia vuelto á casar por tres veces más—la llamó á su lado apenas supo su viudez, y Doña Urraca partió para Leon; pero bien pronto, cansada por el ruido de la córte y asediada por las tristes memorias que se levantaban en su corazon, se volvió á su gobierno de Galicia, tan abatida y triste como cuando le habia dejado.

V.

En los primeros dias de Julio de 1109, es decir, dos años despues de la viudez de Doña Urraca, heredó ésta como propietaria, los reinos de Leon y Castilla por la muerte de su padre Alfonso VI.

Este rey, cuyo más grande deseo habia sido dejar su trono á un heredero, no lo pudo conseguir aunque habia estado casado seis veces, y murió con la dolorosa certidumbre de que sus hermosos y florecientes reinos serian asolados por la guerra.

La infanta, llamada para asistir á la agonía de su padre, llegó presurosa: aún llevaba el luto de su viudez, que era blanco entónces; su belleza, á la sazón admirable, estaba revestida de un aire de melancolía y de abatimiento que la hacia muy interesante; llegó con su hijo y fué introducida en la cámara real con todas las demostraciones de adulador respeto, debidas á la soberana que habia de ceñirse en breve la corona del rey que iba á morir.

La cámara de D. Alfonso era espaciosa; el lecho estaba adornado de trofeos militares, y en la cabecera

se veían las banderas ganadas á los moros, que parecían dar sombra á la severa figura del rey.

La cámara estaba llena de los Grandes señores leoneses, castellanos y gallegos; junto al lecho lloraba la reina Beatriz, última esposa del rey, y que era una buena y modesta jóven.

La infanta entró llevando de la mano á su hijo; ambos se acercaron al lecho del rey, que les abrió sus brazos, mirando con afán y estrechando entre su pecho al infante D. Alfonso, única esperanza en lo futuro de la Monarquía.

—Hija mia, dijo el rey á Doña Urraca con voz que iba siendo débil y opaca; Dios me llama á sí y te dejo, ricos, pacíficos y florecientes los reinos que recibí de mi padre; como sucesor y heredero tuyo, nombro, como se verá en mi testamento, á tu hijo; así que llegue á la edad nubil, se le coronará rey de Galicia; para esto, te gobernarás por los consejos de mis Condes, cuyo parecer atenderás siempre, y sobre todo, el de tu ayo D. Pedro Ansures que llamarás á tu lado; Urraca, en el horizonte aparece un rayo desolador y terrible; éste es D. Alfonso, rey de Aragon y llamado el Batallador; no dudes que ahora, que te quedas sola, querrá apoderarse de los reinos que te lego y que no ha pretendido por miedo á mis armas; pero te dejo el apoyo de toda la nobleza del reino, que te defenderá, y á tu hijo tambien.

El rey se detuvo fatigado; por las mejillas de

Doña Urraca caían gruesas lágrimas, y no había uno sólo de los presentes que no estuviera hondamente conmovido, porque conocían que Dios iluminaba la razón del moribundo para hacerle ver las cosas y los sucesos venideros, con terrible claridad.

El infante D. Alfonso miraba á su abuelo consternado y trémulo; su madre enjugó el llanto, y respondió:

—Padre y señor, podreis tranquilizar vuestro espíritu, que yo haré todo aquello que vuestra grandeza y vuestro amor me ordenan; nada emprenderé por mí sola y sin consultar con los próceres del reino; yo sé quién son, señor; sé que nacidos en la humildad, casi todos nuestros Grandes, han sido educados á expensas de vuestra magnanimidad, enriquecidos con abundancia y ensalzados por vos; sé que despues han peleado por vuestra causa y que todos os deben inolvidables mercedes.

—Todo eso es cierto, respondió D. Alfonso, y por lo mismo, sujeto á todos á tu obediencia y les encargo tu persona y reino para que te ayuden y amparen con toda fidelidad y diligencia; por tu parte, cumple tu palabra y mi consejo y jamás emprendas nada sin contar con su parecer.

Despues de estas razones, reinó el silencio; retirados todos, el rey se preparó á morir con aquella piadosa fé, que toda su vida le habia distinguido; el obispo de Leon, que era tan gran guerrero como

buen sacerdote, (1) le administró los Santos Sacramentos y el monarca rindió su alma tranquila y cristianamente.

La reina viuda Doña Beatriz volvió á su país, quedándose la infanta pacífica poseedora de los estados de su padre.

El primer cuidado de los Grandes fué preparar su coronacion y jura con gran pompa, pues amaban sinceramente á Doña Urraca, cuyo noble y magnánimo carácter conocian desde niña; fundaban además muchas esperanzas en su hijo, el tierno príncipe Don Alfonso, que hechizaba por su hermosura y la extrema dulzura de su carácter.

El dia veintidos de julio, tuvo lugar la gran ceremonia de la coronacion de Doña Urraca, en la catedral de Leon.

A las once de la mañana salió la procesion de palacio en el órden siguiente:

Abrian la marcha gran número de peones.

Seguia el clero con hachas encendidas.

Despues iban apiñadas masas de pueblo, vestido de fiesta.

Detrás caminaban los obispos y algunos señores extranjeros que habian acudido para asistir á la ceremonia.

(1) En aquel tiempo los obispos se vestian la cota de malla é iban á los combates.

Por último, y cabalgando en una blanca yegua, iba la reina, vestida de rojo y oro y con la corona real sobre sus tocas de lino.

Al lado de la reina, iba á caballo en un brioso potro negro, y rodeado de pajes, el infante D. Alfonso; y al lado suyo, sentada sobre otra yegua blanca, como la de su madre, se veia á la tierna infanta Doña Sancha, que despues fué la gloriosa reina de Leon.

En rededor de la reina y de sus hijos, cabalgaban los próceres y Condes del reino, llevando al frente los estandartes ganados á los moros, y por último, cerraban la procesion muchísimos guerreros de la guardia de la reina.

La comitiva recorrió lentamente las calles invadidas por la muchedumbre; de los tres reinos habian acudido para conocer y saludar á la nueva soberana, y atronaba los aires este grito, repetido sin cesar:

¡Viva la reina Doña Urraca!

Llegaron, por fin, á la catedral magníficamente iluminada; empezó el Oficio Divino colocándose la reina bajo el sòlio que se le habia preparado al lado izquierdo del altar, y los infantes en otros asientos junto á él, y despues de la consagracion de la misa, Doña Urraca se arrodilló sobre un rico cojin de seda.

Dos próceres, cubiertos con sus mantos de larga cola, levantaron la corona real que ceñia su frente, y la sostuvieron en el aire; el obispo de Santiago, Don

Diego Gelmirez, ungió su frente con el óleo santo; los dos Condes colocaron de nuevo la corona sobre la cabeza de Doña Urraca, y el obispo de Leon, que con el de Valladolid ayudaba en los oficios al de Santiago, dijo con voz solemne:

—Levantáos, reina de Castilla y de Leon; ya estais consagrada y ungida, y vuestra persona es la imágen de Dios sobre la tierra.

Levantóse la reina, pero ni una chispa de alegría brilló en sus grandes ojos; su corazón habia quedado muerto con el desengaño de su primer amor y los sufrimientos de su matrimonio.

Como si sólo agradeciera al cielo la grandeza que le enviaba por su hijo, volvió hácia él una mirada de inefable ternura.

Dos Condes agitaron los estandartes del reino, y puesto cada uno al lado del altar mayor, delante del cual se hallaba en pié la reina, gritaron:

—¡Larga vida á Doña Urraca, reina de Castilla y de Leon!

—¡Larga vida á la reina!—repitió la muchedumbre que llenaba la catedral.

Concluyó el oficio divino y la procesion volvió á palacio.

La reina llevaba pintado en su rostro un dolor mortal; aquella pompa, aquella grandeza, habian abierto de nuevo todas las llagas de su corazón.

¡Cuán feliz hubiera sido si hubiera podido partir-

las con su esposo, con aquel esposo que la amó durante algun tiempo, sólo para hacerle más amargo despues su desvío!

¡Qué soía se veía en medio de su poder! ¡Qué triste en medio de aquella grandeza!

Al volver á palacio, firmó la confirmacion de los fueros de la córte y del territorio de Leon, y este documento fué firmado despues por varios obispos y por su tutor y primer consejero el Conde D. Pedro Ansurez, lo que desmiente la aseveracion de algunos historiadores, que aseguran que el primer acto de gobierno de Doña Urraca, fué desposeer de sus Estados al Conde y separarle de su lado.